

Flash Relatos

**ORSON
SCOTT
CARD**
Criadero
de gordos

ORSON SCOTT CARD

Criadero de gordos

Traducción de
Carlos Gardini

La recepcionista se sorprendió de que regresara tan pronto.

—Vaya, señor Barth, me alegro de verle —dijo.

—Querrá usted decir que se sorprende de verme —replicó Barth. La voz rodaba desde los rollos de grasa que se plegaban bajo la barbilla.

—Estoy encantada.

—¿Cuánto ha pasado? —preguntó Barth.

—Tres años. El tiempo pasa volando.

La recepcionista sonrió, pero Barth le vio la cara de repulsión que ponía al estudiarle el inmenso cuerpo. En su trabajo veía gente obesa todos los días. Pero Barth sabía que era especial. Estaba orgulloso de ser especial.

—De vuelta al criadero de gordos —rió.

El esfuerzo de reírse le cortó el aliento y jadeó mientras la recepcionista oprimía un botón y anunciaba:

—Ha vuelto el señor Barth.

Barth no se molestó en buscar una silla. Ninguna silla tenía tamaño suficiente. Pero se apoyó en una pared. Estar de pie representaba un esfuerzo ímprobo.

Pero no había regresado al Centro de Salud de Anderson porque tuviera dificultades respiratorias ni porque se agotara ante el menor esfuerzo. Estaba acostumbrado a ser gordo y le complacía la sensación de amplitud, la impresión que causaba cuando las muchedumbres le cedían el paso. Compadecía a los que sólo podían ser rollizos, las personas de baja estatura que no soportaban el peso. Con más de dos metros, Barth podía alcanzar una gloriosa gordura, una gordura apabullante. Tenía treinta guardarrupas y le encantaba pasar de uno al otro mientras le crecían el vientre y las caderas. A veces pensaba que si seguía aumentando podría adueñarse del mundo. A la hora de comer era un conquistador que rivalizaba con Genghis Khan.

No lo había llevado su gordura, pues. Pero la gordura era un obstáculo para otros placeres. La chica con quien había estado la noche anterior lo había intentado una y otra vez, pero Barth no había podido. Señal de que era hora de renovar, remozar, reducir.

—Soy hombre amante de los placeres —jadeó.

La recepcionista, cuyo nombre él jamás se había molestado en preguntar, le sonrió.

—El señor Anderson vendrá enseguida.

—¿No es irónico que un hombre como yo, capaz de cumplir todos sus deseos, jamás esté satisfecho? —rió

Barth, jadeando de nuevo—. ¿Por qué nunca nos hemos acostado juntos?

Ella lo miró irritada.

—Siempre pregunta lo mismo al entrar, señor Barth. Pero nunca lo pregunta al salir.

Era verdad. Al salir del Centro de Salud de Anderson, Barth no la encontraba tan atractiva como al entrar.

Llegó Anderson, efusivamente apuesto, abrumadoramente cálido, cogió la carnosa manaza de Barth y la sacudió con entusiasmo.

—Uno de mis mejores clientes —declaró.

—Lo de costumbre —dijo Barth.

—Desde luego. Pero el precio ha subido.

—Si alguna vez quiebra —dijo Barth, siguiendo a Anderson—, avíseme con antelación. Sólo me permito engordar tanto porque sé que usted está aquí.

—Oh —rió Anderson—. Nunca quebraremos.

—Qué va. Podría mantener toda su empresa con lo que me cobra a mí.

—Usted no paga sólo por el simple servicio que le prestamos. También paga por nuestra discreción. Así prescindimos de la intervención del Gobierno, por así decirlo.

—¿A cuántos de esos canallas sobornan?

—Muy pocos, muy pocos. Muchos funcionarios importantes requieren nuestros servicios.

—No lo dudo.

—La gente no sólo viene por problemas de obesidad. También hay cáncer, vejez, desfiguración por accidentes. Le sorprendería saber quiénes han solicitado nuestros servicios.

«Nada me sorprendería», pensó Barth. El inmenso y mullido diván estaba preparado, en una posición que permitiría a Barth incorporarse sin dificultad.

—Esta vez casi me caso —comentó Barth, por decir algo.

Anderson se volvió sorprendido.

—¿Pero no lo hizo?

—Claro que no. Empecé a engordar y ella no lo aguantó.

—¿Se lo dijo usted?

—¿Que estaba engordando? Saltaba a la vista.

—Quise decir si le habló de nosotros.

—No soy tonto.

Anderson puso cara de alivio.

—No podemos permitir que circulen rumores entre los jóvenes y delgados.

—Aun así, creo que después la buscaré de nuevo. Me hizo cosas de las que no creía capaz a ninguna mujer. Y yo que me consideraba un libertino.

Anderson le puso una ceñida gorra de goma en la cabeza.

—Recuerde su pensamiento clave —le recordó An-

derson.

Pensamiento clave. Al principio había sido un consuelo saber que ni una pizca de su memoria se perdería. Ahora era tedioso, casi pueril. Pensamiento clave. ¿Ya tienes el anillo decodificador del Capitán Puerco? Sé el primero de tu manzana. Barth sólo había sido el primero de su manzana en llegar a la pubertad. También había sido el primero de su manzana en pesar ciento cincuenta kilos.

«¿Cuántas veces he estado aquí? —se preguntó al sentir el cosquilleo en el cuero cabelludo—. Es la octava vez. Ocho veces, y mi fortuna es más cuantiosa que nunca, una de esas fortunas con vida propia. Puedo seguir así para siempre», pensó con deleite. Siempre gozando de los manjares, sin preocupaciones ni restricciones. «Es peligroso engordar tanto —había dicho Lynette—. El corazón, ¿sabes?» Pero Barth sólo se preocupaba por las hemorroides y la impotencia. Lo primero era un fastidio, y lo segundo volvía la vida insoportable y lo llevaba de vuelta a Anderson.

Pensamiento clave. Claro que sí. Lynette, desnuda al viento en el borde de un precipicio. Coqueteaba con la muerte y él la admiraba por eso; casi deseaba que encontrara esa muerte. Lynette desdeñaba las precauciones. Como la ropa, eran restricciones que debían arrojarse a un lado. Una vez lo persuadió de jugar al marro en una obra en construcción, corriendo

por las vigas en la oscuridad, hasta que llegó la policía y les ordenó marcharse. Entonces Barth aún estaba delgado, después de su último tratamiento con Anderson. Pero no pensaba en Lynette en las vigas, sino en Lynette, la bella y frágil Lynette, desafiando al viento a que la arrancara del peñasco y la estrellara contra las piedras de la orilla del río.

«Incluso eso —pensó Barth— sería una especie de placer. Un nuevo placer, saborear una pesadumbre ganada de forma tan magnífica y admirable.»

El cosquilleo cesó. Anderson regresó.

—¿Ya está? —preguntó Barth.

—Hemos perfeccionado el proceso. —Anderson cogió la gorra con cuidado, ayudó al inmenso hombretón a bajar del diván.

—No entiendo por qué es ilegal —dijo Barth—. Algo tan simple.

—Oh, hay motivos. Control demográfico, etcétera. Ésta es una especie de inmortalidad. Pero ante todo se trata de la repugnancia que siente la mayoría. No pueden soportar la idea. Usted es un hombre de un valor excepcional.

Pero Barth sabía que no se debía al valor, sino al placer. Esperaba ávidamente el momento de verse, de forma que no le hicieron esperar.

—Señor Barth, le presento al señor Barth.

Se conmovió al ver su propio cuerpo, joven, fuerte y

bello nuevamente, como nunca había sido en toda su vida. Sin embargo, era inequívocamente él quien había entrado en la sala. Excepto que el vientre estaba firme, los muslos musculosos pero esbeltos no se rozaban ni siquiera en la entrepierna. Lo trajeron desnudo, por supuesto. Barth insistía en ello.

Trató de recordar la última vez. Entonces él había sido el que entraba desde la sala de aprendizaje, saliendo para ver al hombre gordo e inmenso que según sus recuerdos era él mismo. Barth recordó que había sido un doble placer: ver la montaña en que se había transformado, pero verla desde un cuerpo joven y bello.

—Ven aquí —ordenó Barth, evocando la última vez, cuando había sido el otro Barth quien lo había dicho. Y tal como el otro había hecho la última vez, tocó al joven y desnudo Barth, acarició el cutis liso y adorable, y al fin lo abrazó.

Y el joven Barth lo abrazó a su vez, pues así eran las cosas. Nadie amaba tanto a Barth como Barth mismo, delgado o gordo, joven o viejo. La vida era una celebración de Barth; verse a sí mismo era su mayor anhelo.

—¿En qué pensé? —preguntó Barth.

El joven Barth sonrió.

—Lynette —respondió—. Desnuda ante un precipi-

cio. El viento soplando. Y la posibilidad de que se matara al caer.

—¿Regresarías a ella? —preguntó Barth a su joven alter ego.

—Quizás. O a alguien como ella. —Y Barth notó con deleite que la mera idea excitaba a su joven alter ego.

—Servirá —decidió Barth, y Anderson le entregó los documentos que debía firmar, documentos que nunca se presentarían en un juzgado porque daban testimonio de la participación de Barth en un delito que en los códigos de todos los estados sólo era inferior al homicidio.

—Eso es todo, pues —dijo Anderson, interpelando al Barth joven y delgado—. Usted es ahora el señor Barth, y controla su fortuna y su vida. Su ropa está en la sala contigua.

—Sé dónde está —sonrió el joven Barth, y se marchó animadamente. Se vestiría deprisa y se iría del centro de salud con entusiasmo, sin reparar en la feúcha recepcionista, salvo para advertir que miraba con interés a ese hombre alto, esbelto y hermoso que sólo minutos antes yacía en un depósito esperando a que le dieran mente y memoria, esperando a que un hombre gordo se quitara de en medio para que él lo reemplazara.

En la sala de memoria, Barth se sentó en el borde

del diván, mirando la puerta, y comprendió sorprendido que ignoraba lo que venía a continuación.

—Mis recuerdos terminan aquí —le dijo a Anderson—. El convenio era... ¿Qué decía el convenio?

—El convenio era cuidarlo atentamente hasta su fallecimiento.

—Ah, sí.

—El convenio no vale un comino —declaró ahora Anderson, sonriendo.

Barth lo miró sorprendido.

—¿Qué quiere decir?

—Hay dos opciones, Barth. Una aguja dentro de quince minutos. O un empleo.

—¿De qué está hablando?

—No creerá que derrocharemos tiempo y esfuerzo brindándole las grotescas cantidades de comida que usted necesita, ¿verdad?

Barth sintió que se le estrujaba el corazón. No era lo que esperaba, aunque en realidad no esperaba nada. Barth no era de los que esperaban problemas. La vida nunca se los causaba.

—¿Una aguja?

—Cianuro, si insiste, aunque podríamos viviseccionarlo para obtener órganos útiles. Su cuerpo es bastante joven. Podemos obtener succulentas sumas de dinero por la pelvis y las glándulas, pero hay que extraerlos cuando el sujeto está vivo.

—¿De qué habla? No es lo que convinimos.

—Yo no convine nada con usted, amigo mío —sonrió Anderson—. Lo convine con Barth. Y Barth acaba de irse.

—¡Llámelo! Insisto...

—A Barth no le importa lo más mínimo lo que hagamos con usted.

Y supo que era verdad.

—¿Ha dicho algo de un empleo?

—En efecto.

—¿Qué tipo de empleo?

Anderson sacudió la cabeza.

—Depende.

—¿De qué?

—De los trabajos que surjan. Todos los años hay varias tareas que deben ser realizadas por un ser humano vivo, para las cuales no encontramos voluntarios. Ninguna persona, ni siquiera un delincuente, puede ser obligada a realizarlas.

—¿Y yo?

—Usted las realizará. Al menos una de ellas, pues rara vez se consigue un segundo empleo.

—¿Cómo puede hacerme esto? ¡Soy un ser humano!

Anderson sacudió la cabeza.

—La ley dice que existe un solo Barth en el mundo.

Y no es usted. Usted es sólo un número. Y una letra. La letra H.

—¿Por qué H?

—Porque es usted un glotón repugnante, amigo mío. Ni siquiera nuestros primeros clientes han pasado aún de la C.

Anderson se marchó, y Barth quedó a solas en la habitación. ¿Por qué no lo había previsto? Claro, claro, pensó. Por supuesto que no lo mantendrían con vida placenteramente. Quiso levantarse para echar a correr. Pero caminar le costaba, y correr le resultaría imposible. Se quedó sentado. El vientre se le derramaba sobre los muslos, que estaban separados por la grasa. Se levantó con gran esfuerzo y apenas logró contonearse, porque tenía las piernas muy separadas, muy limitadas en sus movimientos.

«Esto ha sucedido en cada ocasión —pensó Barth—. Cada vez que salí de aquí joven y delgado, dejé a alguien como yo, e hicieron lo que quisieron.» Le temblaban las manos.

Se preguntó qué había decidido antes y comprendió que no había ninguna decisión que tomar. Algunos gordos se odiaban y escogían la muerte para seguir viviendo en una versión delgada de sí mismos. Pero no él. Barth no podía optar por el dolor. Y eliminar siquiera una versión ilegal y clandestina de sí mismo... imposible. En cualquier caso, aún era Barth. El

hombre que había salido de la casa de memoria unos minutos antes no había asumido la identidad de Barth. Sólo era una reproducción. «Me han robado el alma con espejos —se dijo Barth—. Debo recobrarla.»

—¡Anderson! —gritó Barth—. He tomado una decisión.

No fue Anderson quien entró. Barth nunca más vería a Anderson. La tentación de matarlo podría resultar irresistible.

—¡A trabajar, H! —gritó el viejo desde el otro extremo del campo.

Barth se apoyó un instante en el azadón y siguió desbrozando los plantíos de patatas. Los callos de su mano se habían adaptado al mango de madera y sus músculos conocían la faena de memoria. Pero eso no aligeraba la tarea.

Al comprender que pensaban hacerle trabajar sembrando patatas, había preguntado:

—¿Esta es mi labor? ¿Esto es todo?

Se habían reído al responderle que no.

—Es sólo un preparativo —explicaron— para ponerle en forma.

Había trabajado dos años en los sembradíos de patatas, y ahora comenzaba a dudar de que ellos regresaran alguna vez, que terminaran las patatas alguna vez.

Sabía que el viejo observaba. Su mirada siempre quemaba más que el sol. El viejo observaba, y si Barth descansaba más de la cuenta el viejo se acercaba, látigo en mano, y lo azotaba dejándole cicatrices que dolían hasta el alma.

Hundió la mano en el suelo, atacando una planta terca cuyas raíces parecían aferrarse a los cimientos del mundo.

—Sal de una vez, maldita seas —masculló. Creía que tenía los brazos demasiado débiles para golpear con más fuerza, pero lo consiguió. Partió la raíz y el impacto lo sacudió hasta el hueso.

Estaba desnudo y tostado por el sol, casi negro. Grandes colgajos de carne evocaban la montaña que había sido. Pero debajo de la piel floja estaba musculoso y duro. Habría podido ser placentero, pues había ganado cada músculo trajinando bajo el látigo. Pero no sentía placer. El precio era demasiado alto.

«Me mataré —pensaba a menudo, los brazos trémulos de agotamiento—. Me mataré para que no puedan usar mi cuerpo ni puedan usar mi alma.»

Pero no se mataría. Ni siquiera ahora era capaz de poner fin a la situación.

La granja donde trabajaba no tenía cercas, pero la vez que logró escapar caminó tres días sin encontrar indicios de habitación humana, excepto huellas de jeep en aquel desierto de salvia y hierba. Lo encontra-